

Carne de laik. Del Moloch (al) Facebook



Sebastián Russo*

El neoliberalismo ha configurado una de las más sofisticadas formas de violencia de la historia. Su principal foco de operación (sintomatizada) son los cuerpos. De la violencia genocida de hacer de un cuerpo mera carne disponible a convocarlo a la imaginación enajenada de su autoemancipación signica, hay un pasaje perverso y enrevesado, de efectos anuladores, sofisticadamente represivos, de una quirúrgica continuidad.

Antaño, los residuos corporales de los fusilados en el basural de *Operación masacre* (Walsh), los despojos cárnicos desmembrados del *Niño proletario* (Lamborghini), los cuerpos expuestos y disponibles de los campos concentracionarios (*Habeas Corpus* de Acha) o el desparrame totalizado e indiferenciado de *Cadáveres* (Perlongher) alertaban/evidenciaban (sea como aviso de incendio, latencia nuda vida, o fúnebre expansión genocida) la violencia neoliberal en ciernes, desplegándose, enchastrándolo todo. Pero de la oscuridad del basural nocturno, a la claridad omnipresente de cadáveres arrojados ante los ojos, se gestó una mutación político-afectiva fundamental. La de la introyección e indolencia de la violencia hacia el otro, hacia uno mismo. A la desaparición de cuerpos sistematizada por la máquina genocida dictatorial le siguió la desaparición del cuerpo (propio/del otro) como medida y resistencia de/contra las cosas.

Expandiéndose la competitividad, disgregándose la trama común y obliterada la referencia violentadora (el fantasmagórico “sistema”), el otro deviene enemigo. Violencia corpo cárnica (en vidas desnudadas, precarizadas) que en dictadura se expresaba de forma explícita (clandestina y explícita –terrori-

* Docente de Teorías de la comunicación y de la imagen, Tecnicatura en Producción de Medios Audiovisuales, UNPAZ.

zante—), se continúa de modos adocenados, implícitos, por goteo, en democracia. Violencia que hace del cuerpo proletario y no proletario (piquetero, pibe chorro) colgajos supervivientes de una máquina de funcionamiento perpetuo. Como el Moloch que imaginaba Fritz Lang en *Metrópolis*, que ante alguna crisis solo podía seguir funcionando engullendo cuerpos indiferenciados de obreros (y ni eso: sujetos indiferenciados sin voluntad ni vitalidad alguna). Crisis en el funcionamiento de una máquina aún moderna, cuya existencia material, la de los sujetos que deben hacerla funcionar/alimentarla, es aún tangible, explícita, incluso existente (el neoliberalismo posmoderno ya no requiere de presencias, cada vez menos de obreros —autorreconocidos como tales—). Existencia material, la del Moloch, que se expresa en el desgaste de las piezas, el sobrecalentamiento, la implosión: nada del orden de lo humano/social expresa su colapso (aviso de incendio). La máquina falla, llamen a un técnico, denle más energía hasta que establezca sus parámetros, regularice su funcionamiento.

A diferencia del Moloch, los sujetos que alimentan la máquina hoy son “autoconvocados”. Deseantes entes sacrificiales (nunca obreros) que trabajan a destajo por el módico precio de un *laik*. Siendo el trabajo matérico, el cuerpo no virtualizado, individualizado, casi su único vínculo con su propio cuerpo (el de algún otro) doliente/afectado. La carne magra o mórbida que alimenta al Moloch hoy se presenta deseante a su propia masacre de autoflagelaciones infligidas en honor al reino estilístico naturalizado de la moda. Hedonismo cualunquede muertos vivos, cadáveres fluctuantes entre su autonegación y la celebración del micromundo que los a-coge. Máquinas indeseantes del “nacido para ser yo”, del “en todo estas vos”. Mundo *selfie* perpetuo. De cuerpos modelados en su pseudo libertad. En mundos aspiracionales sin (eliminables) pibes chorros, pibes capucha, pibes cabeza (cuerpos pre-lapidados en cadena nacional periodística). Libertad a la máquina silenciosa que engulle y aniquila (o alienta a que lo haga-ud-mismo) lo que no tiene onda u onda rocho. Mundo Facebook/Moloch de algoritmo lombrosiano. Big data a full.

CODA. Elogio de lo común

Ante ello, lo comunal, lo común. La singularidad habitadora de una trama de cuerpos común. Propios, auto-apropiados, re encontrados en un hábitat, en una habitualidad habitable. Ante un estado de represión, inseguridades sistémicas y auto explotación: la comunidad, el hábito. Signos de lo común: lo que teje, abraza, escucha, otorga seguridad experiencial. Parece poco. Pero en tiempos neoliberales resulta fundamento para una urgente refundación, una constante consecución y elogio de la comunidad.

